

nombrado ministro; pero S. M. desea que permanezcais cerca de Talaru en cuanto podáis serle útil.

El marqués de Mataflorida y el resto de la regencia de Urgel han llegado á esta capital. La ambicion engañada les habia hecho imaginar una cosa, que de no haber sido tan insensata habria sido muy peligrosa.

Si el señor duque de Angulema os lo permite podreis enseñarle esta carta.

Tambien os suplico que se la comuniquéis á M. de Martignac.

Creed, señor conde, etc.

CHATEAUBRIAND.



MONTMORENCY.

que el principe de Metternich iba á enviar á M. Brunetti instrucciones para Madrid; el otro era concerniente á la reclamacion oficial de Nápoles que la consideraba como cosa la mas justa, mas sencilla, y mas á propósito para dar grande apoyo á los aliados. El primero de estos despachos estaba lleno de elogios de la conducta de la Francia, y el segundo de cosas lisonjeras para mí. La carta del principe de Metternich contenia los mismos elogios, en especial al ocuparse del último discurso que he pronunciado en la cámara de los pares: el principe habia cerrado su carta diciéndome de paso una palabra acerca del asunto del reino de Nápoles, que en su concepto era solo de simple fórmula.

El embajador de Nápoles me pidió una conferencia con los representantes de las tres córtes aliadas, y en efecto se realizó. En esta conferencia nos leyó el principe de Castelcicala una larga nota y exhibió poderes del rey de Nápoles en virtud de los cuales estaba autorizado para ir á Madrid á fin de entrar en la regencia y sancionar todo lo que por esta se hiciera.

Por mas prevenido que yo estaba, en vista de lo que M. de Caraman me decia en su carta, no me era apenas posible contener la admiracion. No, no me

M. de Chateaubriand á M. de La Ferronnais.

Paris, 27 de mayo de 1823.

El mismo dia que vuestras cartas y despachos, señor conde, llegaron á mis manos por conducto de M. de Cussy que me las trajo de Berlin, recibí un correo de Viena con despachos de M. de Caraman y una carta del principe de Metternich. No tardaré á ocuparme de vuestros propios despachos.

Los de M. de Caraman eran dos: el primero se referia á negocios generales, y afirmaba positivamente

era posible imaginar que un anciano monarca que en vez de gobernar sus Estados pasa el tiempo cazando en Viena, un soberano que tiene la capital de su reino ocupada por las tropas austriacas, viniera á declarar que la España le pertenecia en caso de extincion de la familia reinante; y que la Francia hubiese hecho tantos sacrificios para que el duque de Angulema y cien mil soldados franceses vinieran á ponerse bajo el cetro del principe de Castelcicala. Sin embargo logré contenerme. Quedó convenido que nos reuniríamos al dia siguiente, que cada cual emitiría su opinion y que se redactaria un protocolo del asunto.

La sesion fue muy viva. El principe de Castelcicala estuvo acre en demasia, llegando al extremo de manifestar abiertamente el deseo de que las tres grandes potencias continentales no enviáran sus agentes diplomáticos á Madrid. Yo habia redactado durante la noche una contestacion bastante larga, demostrando hasta la evidencia, no solo los inconvenientes, sino hasta los peligros de una intervencion capaz de suspender una empresa que en mi concepto podia y debia producir los mas felices resultados. El baron de Vincent, persuadido por las razones de mi Nota, dijo: que si no se hacia alguna variacion en ella, no podia

menos de hacer marchar el señor Brunetti á Madrid, y que se veria obligado á pedir nuevas instrucciones á Viena. Como no conviene que las palabras sirvan de obstáculo á las cosas, contesté al baron que si le parecia no haria mencion de la Nota en el protocolo, mas como insistió en que se pusiera algo de ella, la reduje de acuerdo con los demás embajadores á los términos en que la vereis en el protocolo; pero al mismo tiempo os remito tambien la nota original,

cuya copia me fue pedida por el general Pozzo. No dudo que el excelente espíritu del emperador y de su gabinete se admirará de todas las imposibilidades, de las pretensiones de la córte de Nápoles y de los peligros manifiestos que nos hubieran hecho correr retrasando el momento de la presentacion de nuestros embajadores en Madrid.

Ya notareis que en ese documento no he dicho todo lo que se puede decir, pues no es cosa muy clara á



MORILLO SE SUBLEVA POR EL REY.

los ojos de los españoles que la corona deba pasar al rey de Nápoles en el caso de que la familia real de España viniera repentinamente á faltar. No está del todo demostrado por las leyes de aquel reino que las mujeres no hereden, y en ese caso la princesa de Luca y su hijo son antes que la rama de Nápoles: compasión den todas estas cosas. El principe de Castelcicala me confesó que habia hablado de este asunto con el gabinete de Inglaterra. «Es de creer, le dije,

que os haya recibido perfectamente; pues debe serlo muy grato todo lo que pueda introducir divisiones en la Alianza.—No me recibió. como decís, me contestó el principe, porque lo que el gabinete británico desea es, que la familia de Braganza sea la que ocupe el trono de España: por esta causa no se muestra favorable á nuestra intervencion.» Referi estas palabras del principe á sir Carlos Stuart y me contestó: Si eso os ha dicho de nosotros, hé aqui lo que me dijo por

«cuenta vuestra, invitándonos á que le apováramos: «Es preciso desfrancesar ese negocio de España.» Y es el ministro de un Borbon el que habla de ese modo, cuando nuestra sangre corre por un Borbon, y cuando el heredero de la rama primogénita de esa familia, se expone en obsequio de todas las monarquías de Europa á las balas de los soldados de las órdenes y al puñal de los asesinos.

El genio del bien ha predominado sobre el de la discordia: otro pequeño protocolo se ha redactado al par de este de que acabo de hablaros, estableciendo las bases con arreglo á las cuales enviaremos nuestros agentes diplomáticos á Madrid. En este protocolo nada queda dudoso, ni deja lugar á contestaciones y se halla ya autorizado con la firma de los representantes de las cuatro grandes potencias. Por consiguiente el marqués de Talaru ha partido esta misma mañana para Madrid, y los señores Brunetti y Bulgari le seguirán á fines de la semana. M. de Talaru ha sido nombrado embajador cerca del rey Fernando, y se halla acreditado de tal cerca de la regencia de España é Indias durante el cautiverio del rey. Por lo que toca á la cuestion de Nápoles, ya veis que se ha aplazado para la época en que nos será conocida la opinion de los gabinetes de San Petersburgo y Berlin, cuya opinion no dudo estará conforme con la que he emitido en nombre del rey, en mi Nota.

La desgracia, caballero, es que este asunto sobre el que os hablo tan ámpliamente, será tal vez olvidado á la larga distancia que media desde el punto en que os escribo, ó no ofrecerá ya mas que un débil interés, cuando llegará aquí vuestra contestacion. Los sucesos habrán ido marchando; la escena habrá cambiado, y estaremos en el caso de emplear nuevas combinaciones para nuevos incidentes. Ahora nos hallamos ya en la segunda parte del drama. Si en medio de una marcha militar han podido hasta el presente cometerse algunas irregularidades, si en las proclamas y en los actos ha habido algo de mas, ó se ha olvidado alguna cosa, ahora todo va á marchar con exactitud. Nuestros agentes establecidos en Madrid, obrarán de consuno con arreglo á lo estipulado en el protocolo.

En los periódicos vereis que dos columnas móviles se dirigen sobre Badajoz y Sevilla. Creemos que las órdenes no esperarán á nuestros soldados y que se llevarán el real preso á Cádiz. Dicese que la isla de Leon no se halla en estado de defensa, y que las órdenes carecen de tropa bastante para guarnecer aquel punto. Si Bordessoule logra apoderarse de la isla, Cádiz no podrá resistir largo tiempo. Napoleon no pudo nunca penetrar en ella, y por esa razon no le fue posible apoderarse de Cádiz.

Enviamos doce mil hombres de reserva al duque de Angulema, y otros tantos poco mas ó menos quedan en nuestros depósitos, de manera que á principios de julio el ejército habrá recibido un refuerzo de veinte y cuatro á veinte y cinco mil hombres, y ademas tendremos en caso necesario los cuarenta mil de la última quinta. Me admiro de lo que os ha dicho el emperador acerca de la necesidad de crear un cuerpo de reserva para alimentar nuestro ejército. Estamos persuadidos de que si hay en Europa algun gabinete que se complace de nuestra resurreccion militar, es el de San Petersburgo. El emperador es demasiado generoso y su imperio tiene sobrada fuerza para que le inspire temor el vernos elevar á la altura de que nos hicieron descender nuestras desgracias. Vamos naturalmente á ser el anterior de Europa contra el poder de la Gran Bretaña.

Por mi parte no tengo reparo en confesaros que estoy no poco orgulloso del pequeño puesto que he tenido y que sigo ocupando en esos grandes acontecimientos. Os ruego digais al emperador cuánto aprecio y agradezco su benevolencia. Repetidle que le doy mil gracias por ella.

¿Qué necesitábamos? Un gobierno realista en Madrid (1), el mejor que fuera posible, con el cual pudiéramos combatir á las órdenes y hablar en nombre de los españoles. Cuando los aliados vinieron á Paris en 1814, no dudaron mirar el senado como un gobierno, ¿por qué? porque era preciso marchar, obrar, dar un golpe. Hoy tenemos en Madrid los primeros hombres de España, hombres respetables bajo todos conceptos, ¿y dudariamos reconocerles, cuando exponen su fortuna y su vida? En verdad, seria preciso ignorar completamente los negocios humanos, no alcanzar nada respecto de las revoluciones y no saber especialmente cómo se terminan. Habiéis debido recibir un correo que la regencia envía á San Petersburgo para anunciarle su existencia, y se dispone tambien á enviaros un embajador. El duque de San Carlos ha llegado hoy aquí con esta investidura; y vamos á reconocerle: el gobierno de las órdenes no existe ya para nosotros; y puesto que tenemos nuestro embajador cerca de la regencia, es muy natural que esta tenga el suyo cerca de nosotros. Suponemos que la Alianza hará lo mismo, pues esto se desprende del principio.

Así, pues, señor conde, veis que la cuestion española no es sino una cuestion de tiempo, puesto que se reduce á esto: ¿Cuántos dias será bloqueado Cádiz, sin que abra sus puertas?

Nada puede acontecernos en el interior de España, pues no hay en él indicio alguno de formal resistencia, y la llegada de nuestros agentes diplomáticos va á dar un nuevo impulso á la nacion. La Inglaterra mira con gran disgusto esta medida, que yo he considerado siempre como decisiva; los periódicos ingleses se extienden en largos comentarios, y sir Carlos Stuart ha venido esta mañana á hablarme con un enojo mal disimulado, de esta resolucion de las órdenes. Yo le he contestado riéndome: «¡Bah! sir Carlos, haced como nosotros; reconoced la regencia, y que S. W. A' Court vuelva á reunirse con sus amigos, y deje de beber las malas aguas de las cisternas de Cádiz.»

Ya veis, señor conde, que no economizo las cartas, pues he visto que los despachos de las secretarías expresaban mal mis ideas. Un correo del general Pozzo os llevará este paquete. Os enviaré M. de Fontenay en el trascurso de la próxima semana, y espero os acostumbrareis á mi mala letra.

Mis cumplimientos, señor conde, etc.

CHATEAUBRIAND.

El príncipe de Metternich á M. de Chateaubriand.

Viena, 25 de mayo de 1825.

Señor vizconde:

No puedo negarme á la necesidad de manifestar directamente á V. E. el placer que me ha hecho experimentar la lectura del excelente discurso que habéis pronunciado el 30 de abril ultimo en la cámara de los Pares; ese discurso no contiene una sola palabra sin un grande alcance; lleno de moderacion y de energia, ha tenido eco en toda Europa, y si establecis como tesis que las tribunas no deben responder, habéis recurrido á un medio muy sagaz para entorpecer la discusion del parlamento británico.

Igualmente os felicito, y con vos á la Europa, por la marcha que siguen vuestras operaciones en España. Miro como una de las probabilidades mas felices, así para la consolidacion de las cosas en Francia, como para la salvacion de todo el cuerpo social, el que haya entrado en los destinos del pais que ha servido de foco á tantos trastornos, el ser llamado á dar un golpe á la

(1) Una vez satisfechas las necesidades del ilustre señor de Chateaubriand y sus amigos, no había que pensar en nada mas. El pueblo español podía tambien tener necesidades pero ¿eso qué importaba?

revolucion, del cual, si se da con vigor, esta no volveria á levantarse (1). La demostracion del aislamiento de los facciosos en medio de una masa inerte, á la cual nunca dejan de atribuir su propio color, no puede hacerse con mucha frecuencia. La España presenta hoy el mismo espectáculo que Nápoles; el mismo que hubiera presentado la Francia, si el remedio se hubiese aplicado de otro modo en 1792; el mismo, en fin, que presentará toda revolucion, si se la ataca antes de que las fortunas hayan sido completamente cambiadas. En Verona me habéis visto, señor vizconde, plenamente convencido de que la dificultad de la empresa consistia principalmente en mas de una remora á la que se veria expuesto naturalmente el gobierno francés: solo en esto, efectivamente, he presentado y reconocido obstáculos á la restauracion de España. El cuadro que me habia representado acerca del estado de las cosas en este reino, nunca se ha diferenciado del que hoy se ha demostrado como verdadero hasta la evidencia. Debe bastarme el recordaros estos hechos, para probaros cuánto mérito debo reconocer en los hombres que han sabido desplegar bastante carácter para llegar al punto á que ya han llegado.

Estad seguros de que, por nuestra parte, estaremos constantemente prontos á prestar nuestro apoyo á la causa con que se enlaza el porvenir de todos los gobiernos y de todas las instituciones. M. de Vincent recibe por el presente correo instrucciones que recaen sobre un objeto que en mi alma y conciencia miro como de mera forma.

Ruego á V. E. lo considere igualmente bajo este punto de vista, y acuerde con los representantes de las órdenes, los medios mas expeditos para sacar de la situacion las indudables ventajas que ofrece bajo todos los puntos morales de vista.

Continuad, señor vizconde, entregándoos á vuestra grande y generosa empresa, y vuestro ministerio habrá figurado en una época á la vez tan feliz como gloriosa, si la Francia, que ha sido la primera en abrir el abismo de la revolucion, tiene la honra de cerrarlo bajo vuestra administracion. Todas las probabilidades para la conclusion de tan grande obra radican en esto, y lo que muchas veces no se presenta sino como deseos, se somete hoy á vuestra accion.

Tened á bien aceptar el homenaje de mi alta consideracion,

METTERNICH.

M. de Rayneval á M. de Chateaubriand.

Berlin, 29 de mayo de 1825.

No puedo dar bastantes gracias á V. E. por las cartas particulares que se sirve escribirme. En pocas palabras contienen de la manera mas culminante el resumen de las instrucciones contenidas en los despachos, y si se sirve continuar honrándome con el mismo favor, me atreveré á prometerme no separarme jamás de la línea que convenga al sistema general del gobierno del rey, que observe el ministro de S. M. en Berlin.

Aunque mi correspondencia de hoy no es muy voluminosa, solo añadiré muy poco. V. E. recordará que M. de Bernstorff ha emitido anteriormente la opinion de que la Inglaterra no veria con disgusto que la cuestion española se prolongaba indefinidamente. Hoy cree que el gabinete de Londres querria, por el contrario, ver la guerra terminada en breve, lo que atribuye á la imposibilidad en que la Inglaterra se ve de oponer un obstáculo á la rapidez de nuestras victorias. Si hubiese podido aislar la Francia de sus aliados, ú ofrecer á los españoles de un modo ú otro medios

(1) ¡Pobre príncipe de Metternich!

de resistencia, hubiese perseverado en sus primeras miras; pero hoy ve que no puede ejercer influencia alguna sino asociándose, en parte á lo menos, á las demás potencias, porque espera hallar en ellas lo que le conviene, y los aliados hallaran tambien su conveniencia, si la Inglaterra, lo que cree posible, consigue la libertad del rey Fernando. No sé si me equivoco, señor vizconde; pero me parece que con la vigilancia que empleareis, la intervencion de la Inglaterra en las negociaciones preliminares, hoy especialmente, que su neutralidad parece asegurada por la actitud de las demás potencias, mas aun que por sus declaraciones, puede ofrecernos el medio de contrabalancear con ventaja lo que habria de demasiado absoluto en la manera con que este gobierno y las dos órdenes imperiales querrian considerar la cuestion. Nuestro lenguaje acerca de los principios, y esto es, en mi concepto, un punto muy esencial para la consolidacion de nuestro sistema político, continuará siendo igual al de nuestros aliados, y las objeciones, y las pruebas de la necesidad de las concesiones, si es preciso hacerlas, seran presentadas por la Inglaterra, que nada tiene que contemporizar bajo este punto de vista, y que continuará representando su natural papel.

Sé que se ha hecho valer, para hacer conocer á la Inglaterra hasta qué punto podia su actitud hostil respecto de la Francia llegar á ser perjudicial á las demás potencias, un argumento que importa conocer y que no debemos repetir demasiado, pero que puede aducirse con utilidad en tiempo oportuno. Hise dicho que si la Inglaterra llevaba demasiado lejos sus amenazas, nos obligaria á hacer esfuerzos extraordinarios, poniéndonos de este modo en el caso de crear nuevos medios de poder en el continente, que andando el tiempo podrian llegar á ser peligrosos para Europa; que seria tanto mas triste que este fuese el resultado de la guerra de España, cuanto que habien sido emprendida esta guerra por parte de Francia, como un hecho no desagradable á las órdenes aliadas, estas no podrian oponer obstáculo alguno al desarrollo de sus fuerzas, aunque presintiendo que en lo sucesivo pueden enlearse contra ellas. A este raciocinio se refiere secretamente una palabra que dias pasados se escapó á M. de Bernstorff. Irritábase este contra M. Canning y su falsa política, que le movia á alejarse del sistema de lord Castelreagh.—«Debe, sin embargo, advertir, me decia, cuánto se ha equivocado; primero ha querido asustaros para detener vuestro ejército, y este ha marchado. Ha querido al mismo tiempo persuadir á los españoles á que entrasen en arreglos, y se han negado terminantemente. Por último, ha pretendido aislar la Francia de las otras grandes potencias, y por el contrario, ha aislado la Inglaterra, obligándolas á declararle, y esto á pesar de ellas, que todas sin excepcion apoyarian á la Francia si se veia atacada.»—Yo no he revelado este á pesar de ellas, pero lo he retenido bien en mi memoria, y me he prometido comunicarlo á V. E.

Nuestros triunfos en España, como aparece en todas partes acerca de la acogida que se se hace á nuestras tropas, su disciplina, su valor, su fidelidad y el afecto que les inspiran las grandes cualidades que desplega el duque de Angulema, todo esto produce un efecto que excede á nuestras esperanzas. M. de Cussy podrá deciros, señor vizconde, que los oficiales mas distinguidos del ejército prusiano, lejos de mostrar envidia por la renovacion de nuestro ejército, la celebran en alta voz. A pesar de toda su reserva, los mismos diplomáticos empiezan á mirarnos de muy diferente manera. M. de Alopeus, que pocas veces abandona el lenguaje oficial, empieza á hablarme de las ventajas de una alianza entre la Francia y la Rusia; hace algun tiempo no concebía la posibilidad de este hecho, pero hoy ve en él toda clase de utilidades,

y aun está bastante dispuesto á confesar que este sistema sería preferible al de la gran alianza, ya para asegurar la paz de Europa, ya para obrar, si preciso fuese.

Creo de mi deber pedir á V. E. que interrogue á M. de Curry acerca del juicio que forma M. de Bernstorff del embajador de una de las grandes córtes en París.

Aceptad etc.,

RAYNEVAL.

M. de Chateaubriand, á M. de Caraman.

París, 2 de junio de 1825.

No puedo deciros, señor marqués, hasta qué punto me ha causado sorpresa vuestra carta del 27 del mes último. El consejo, que inmediatamente reuní, participó asimismo de mi asombro. Yo esperaba que vuestra carta me comunicaría el nombramiento del ministro ó del encargado de negocios de Viena en Madrid, porque este es hoy el asunto capital, el asunto apremiante, para que todo se haga de acuerdo con nuestros aliados en la conclusion de la guerra de España. Nosotros nos hemos reservado los peligros é inconvenientes de esta guerra; no hemos llamado á nuestros aliados al combate, y los llamamos á la victoria; queríamos que arreglasen con nosotros los destinos de España, que se aprovecharan de la ganancia de esta partida, en la que habíamos jugado nuestra sangre, nuestros tesoros y la corona de Francia. Pero en vez de una aquiescencia á una medida real y altamente favorable á la alianza, recibimos una proposicion que pide maduras consideraciones y no está en relacion con la marcha de los acontecimientos.

Es preciso pensar, señor marqués, que cuando ha empezado una guerra como la de España, la escena varia diariamente, porque la política se ve arrastrada por el movimiento de las cosas y la rápida complicacion de los negocios. Es preciso pensar que si la Europa continental quiere la paz, una paz larga y duradera, la guerra de España debe ser breve, y debemos retirarnos prontamente de la península; así, pues, toda medida encaminada á prolongar esta guerra, lleva en sí misma grandes peligros. Una regencia en España puramente administrativa, y el cuerpo diplomático de Europa inmediatamente colocado cerca de esta regencia, harian desaparecer las dificultades é inducirian á la misma Inglaterra á favorecer la libertad del rey Fernando. ¿Sucederia lo mismo en el plan propuesto relativamente á la córte de Nápoles? Esto es lo que conviene examinar.

¿Qué desea el príncipe Ruffo? Que reconozcamos los derechos del rey de Nápoles á suceder al trono de España. ¿Y quién le disputa este derecho? En verdad que no es la Francia. La guerra que hoy hacemos, es porvechosa al rey de las Dos-Sicilias, puesto que defendemos sus derechos á la corona de España, al defender los de Fernando VII. No se trata, pues, del principio, toda vez que acerca de él nadie cuestiona. Trátase, sí, de cierta consecuencia de este principio, segun la cual nada sería legitimo en España, si la córte de Nápoles no hubiese aprobado las medidas tomadas ó por tomar.

Pero, señor marqués, puede la córte de Nápoles dominar esta necesidad que brota del fondo mismo de las cosas, esta necesidad que surge de los accidentes de la guerra, del carácter de los hombres, de las pasiones y de los partidos que dividen la España. Nosotros que sufrimos el peso del calor y del dia, estaríamos sin duda muy dispuestos á someter nuestra humilde opinion á las órdenes del príncipe de Ruffo; pero no estamos solos en esta cuestion. Nuestros intereses no están separados de los de la Alianza, y aun no sabemos si esta será de parecer de entregar los

destinos de España en manos de la córte de Nápoles, para que esta los entregue luego en manos de la Alianza. Ignoramos cuál es en este asunto el parecer de la Rusia y la Prusia, y sería, por lo tanto, preciso que consultásemos estas dos potencias, antes de adoptar una resolucion. Ahora bien: yo os pregunto si en el movimiento de la guerra sería posible suspender la formacion de un gobierno provisional y el reconocimiento de este gobierno hasta el momento en que hubiésemos recibido respuestas definitivas de las córtes aliadas acerca de la intervencion de la córte de Nápoles. Ved luego dos dificultades insuperables.

Hoy, que está formada la regencia, y que la grandeza de España acaba de reconocerla, ¿creéis que unos hombres tan poderosos se prestarán á reconocer de repente que ya no tienen autoridad alguna? ¿Cuándo han tenido el valor de tomar un partido y arrostrar las contingencias peligrosas de los sucesos, su justo orgullo y sus intereses no se sentían lastimados, si les decíamos: «Nada sois; la córte de Nápoles dirige vuestra suerte y dispone de vuestro porvenir?» Todo nuestro ejército no bastaría para comprimir un descontento tan legitimo.

En segundo lugar, ¿qué diria la Inglaterra (y esta razon tiene un peso inmenso), si viese que otros Borbones venian á mezclarse con los Borbones de Francia y los Borbones de España? Esa nacion nos ha declarado cien veces que si combatiésemos por nuestra seguridad, se mantendria neutral; pero que si hubiésemos tomado las armas por intereses de familia y para restablecer alianzas entre los Borbones, en manera alguna los consentiria. Abstengámonos de despertar las rivalidades del gabinete de San James.

Nada mas justo que admitir al embajador de las Dos-Sicilias para los asuntos de la península en las conferencias de los embajadores de las cuatro córtes aliadas; nada mas justo que el que la córte de Nápoles sea llamada á dar su parecer en todo lo relativo á España, que envíe con nosotros un representante á Madrid, cerca de la regencia, y que sea la primeramente consultada; esto es lo que deseamos, esto es lo que hemos sido los primeros en pedir; pero las confianzas que me haceis son de una naturaleza tan grave, tan inesperada, tan á la zaga de los sucesos, que es menester que yo conozca, antes de tomar una resolucion, las disposiciones de las córtes aliadas.

Aun no he visto al príncipe de Castelcicala; pero cuando le hable, lo haré en el sentido que aquí os indico.

Lo que mas maravilla, es que no teniendo poderes para decidir un punto tan importante, no hayais tomado antes las órdenes de la córte. Yo no me he atrevido á presentar vuestra carta al rey, por temor de que este se declarase de una manera que no me hubiera sido posible ocultaros. Espero que todo se arreglará, que el príncipe de Metternich conocerá la necesidad de enviar un agente diplomático cerca de la regencia, y que la idea relativa á Nápoles será abandonada, ó entregada á una ejecucion lejana, en el caso de que viniesen á presentarse otras eventualidades. Por conclusion os lo repito: la Inglaterra miraria ciertamente con el mayor disgusto la intervencion de Nápoles; ademas no veo ningun medio posible para obligar á los españoles que hoy ocupan el poder, á ceder su puesto; hace veinte años que están acostumbrados á gobernar la España con los nombres de Junta y de Regencia, durante la prision de su rey, y no sé cómo podría persuadirseles á que abandonasen un poder que de nuevo ejercen con peligro de sus vidas y fortunas. Si la intervencion de Nápoles hubiese sido propuesta hace cuatro meses, la inteligencia hubiera sido fácil; pero ¿cómo cambiar el curso de los acontecimientos, cuando nuestras tropas marchan sobre Sevilla, ó tal vez habrán llegado á esta ciudad, cuando recibais esta carta?

Observo que al dictar rápidamente estas explicaciones, os he hablado de los grandes de España; esto es porque han dirigido un mensaje á monseñor el duque de Angulema, que se publicará mañana en el *Monitor*.

Tengo el honor, etc.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand, á M. de la Ferronnais

París, 2 de junio de 1825.

Necesaria es, señor conde, una gran dosis de paciencia cuando se desempeña el cargo de ministro, y yo me veo sometido todos los dias á rudas pruebas. La carta de M. de Caraman, y mi respuesta á ella, os instruirán del fondo del asunto, si es que no lo habeis sabido por Viena.

No dudo que un embajador de Rusia que hubiese hasta tal punto extralimitado sus poderes, y no hubiese conocido las consecuencias de su conducta, hubiera recibido inmediatamente su destitucion. El rey está muy irritado, y si M. de Caraman continúa aun en Viena, es únicamente por consideracion al príncipe de Metternich.

Después de mi carta y de la de M. de Caraman, hallareis, en el orden de las fechas, la del rey de Nápoles y la respuesta de nuestro rey. De estas cartas tomareis todos los argumentos contra el proyecto de M. Ruffo. Esperaba añadir algunas consideraciones que hareis valer cerca del gabinete de San Petersburgo.

No puede tratarse ya del plan de M. Ruffo y de la regencia de Nápoles en España, porque el rey de Francia ve los mayores inconvenientes en este proyecto, y porque ademas hay ya una regencia establecida en España. Pero ved, señor conde, el resultado de esta proposicion desastrosa: la medida relativa al envío del cuerpo diplomático á Madrid, ha sido suspendida; el marqués de Talaru ha salido solo. Bien conoceis hasta qué punto la Inglaterra, los agitadores de Europa y las córtes de España, pueden aprovecharse de esta circunstancia si la notan. No dejarán de decir que ha estallado un principio de division, y las intrigas, los complots y las esperanzas renacerán por donde quiera, y se corre el peligro de eternizar una guerra que podría haber terminado antes del mes de agosto. Si esta guerra se prolonga, ¿qué de eventualidades pueden surgir! ¿Quién nos responde de que la Inglaterra cuya neutralidad ha costado tanto trabajo conseguir, no se declarará? Y si se declara, ¿no encenderá una guerra europea?

Por nuestra parte hemos cumplido fielmente todas nuestras condiciones, y nos hemos prestado á todo lo que se nos pedia. Del plan propuesto por la córte de Nápoles, resulta que al parecer se oponen ahora resistencias á los arreglos convenidos.

Pero en medio de todos los azares de una guerra prolongada, ¿qué partido abrazaríamos? ¿Nos expondríamos a perder el fruto de una empresa tan aventurada y difícil, por la caprichosa ambicion de una potencia, que, aparte de su debilidad, ni siquiera goza de su independencia, puesto que su territorio está ocupado por un ejército austriaco? La guerra contra España, al principio tan impopular en Francia, y luego popular en virtud de nuestras victorias, volveria muy pronto á hacerse impopular. Si se prolongase, y fuese preciso hacer nuevos sacrificios, entonces nos veríamos precisados á buscar nuestra salvacion en una paz que, sin lastimar los intereses de la Alianza, no significase sin embargo, todo lo que esta pudiera desear. Pero nada de esto sucederá. Espero que M. Brunetti recibirá pronto de Viena la orden de marchar á Madrid, y en tal caso el general

Pozzo podrá invitar á M. Bulgari á que por su parte se traslade á su destino; pero convendreis, señor conde, en que es duro para vos, y en particular para mí que tanto trabajo me ha costado la direccion de este inmenso negocio de España, el vernos contrariados y detenidos, mientras corre la sangre francesa y agotamos nuestro tesoro.

Conozco demasiado la magnanimidad del emperador de Rusia y la lealtad de su gabinete, para dudar un momento de que conocerá con tanta pena como nosotros lo que hay de enojoso en este incidente, y para que no dé la orden á su encargado de negocios, para que se traslade cerca de la regencia á Madrid. Recuerdo muy bien con cuánta prudencia y energía rechazó hace algunos meses las pretensiones que la córte de Nápoles renueva hoy; pero las distancias son tan grandes, que el mal no puede repararse con prontitud.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand, á M. de Caraman.

París, 8 de junio de 1825.

El correo de M. el baron de Vincent, me ha traído, señor marqués, vuestras cartas y vuestros despachos del 23 y 25 de mayo. Os ruego deis gracias en mi nombre al príncipe de Metternich, por todas las frases afectuosas que tiene la bondad de dirigirme. Mañana tendré el honor de responder á su carta, por el correo que se propone enviar á Viena el príncipe de Castelcicala.

Hemos tratado aquí en largas y formales conferencias de la proposicion de S. M. el rey de las Dos-Sicilias. Por el protocolo cuya copia os incluyo, vereis lo que se ha decidido y las notas á que ha dado lugar la cuestion. Yo habia redactado la mia mucho mas larga, y habia expuesto los innumerables inconvenientes que el gobierno francés ve en la proposicion de Nápoles. Habia demostrado que si se admitia un regente ó el delegado de un regente, investido del derecho de sancionar, se admitia un soberano; que este soberano tendria, como consecuencia de su soberanía, el derecho de hacer leyes, y que la Alianza se oponia especialmente á que se pudiese hacer leyes, en la ausencia de Fernando. Habria probado, ademas, que un incidente que retrasa el envío de los agentes diplomáticos á Madrid, pone en peligro la empresa tan felizmente comenzada, puede cambiar el aspecto de la guerra, hacer que la Inglaterra rompa su siempre dudosa neutralidad, etc., etc. Pero el baron de Vincent me ha hecho observar que cuanto mas insistiese yo en las dificultades, mas perplejo se veria él en su conducta, antes de haber recibido las órdenes de su córte. Así, pues, no he dudado, para no hacer cosa alguna que pueda causar desagrado al príncipe de Metternich, en suprimir de mi nota todo aquello que el embajador de Viena ha querido, y la he reducido al punto en que la vereis, es decir, que la Francia no ha prejuzgado la cuestion en lo tocante al porvenir.

Luego ha sido preciso arreglar la marcha de los agentes diplomáticos á Madrid. Hemos establecido los principales puntos de la direccion á que deben atenderse los representantes de los aliados, de una manera que debe satisfacer por completo á la córte de Viena. No obstante, el baron Vincent me ha dicho que M. Brunetti iba á salir para Madrid, pero que no podría acreditarlo cerca de la regencia hasta que hubiese recibido los poderes del gabinete austriaco. Estoy persuadido de que el príncipe de Metternich no hallará razon alguna para retrasar la orden que dé á M. Brunetti el derecho de ostentar su carácter oficial cerca de la regencia.

Las noticias de España continúan siendo muy buenas, ó por mejor decir, no hay noticias, porque ya no